



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 6633
- U34
IS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL.—PONTEJOS, 3

PERSONAJES

RITA (cincuenta y cinco años).
SEBASTIANA (treinta id.).
CARMEN (treinta y ocho id.).
LUISA (veinticinco id.).
NARCISA (cuarenta id.).
DON ANTONIO (cuarenta y cinco id.).
DON PANCHO (sesenta id.).
DON JUAN (sesenta id.).
SR. GREGORIO (cincuenta y cinco id.).
ROQUE (cuarenta id.).
ANDRÉS (cuarenta id.).
SERAFÍN (cuarenta id.).
SR. CURA (cincuenta id.).
DIRECTOR DE LA JUNTA DEL HOSPITAL (cincuenta id.).

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1626 MONTERREY, NUEVO LEÓN

ACTO PRIMERO

Sala baja en la casa de un pueblo de la costa catalana. Puertas y habitaciones á la derecha y á la izquierda. En el foro un balcón por el que se ve un jardín pintado con tonos violentos, lleno de flores. Y más allá, detrás de una tapia, el mar á la puerta de la entrada. En el interior una escalera que va al primer piso. Una capillita, muebles de casa bien amueblada y limpia.

ESCENA I.

RITA, CARMEN Y SEBASTIANA

Al levantarse el telón Sebastiana está acurrucada en el suelo rezando delante de la capillita. Pasado un momento, entra Rita, y detrás de ella, Carmen.

SEBASTIANA

Rezando en voz alta.

Stela matutina', salus infirmorum, refugium peccatorum.

RITA

Entrando.

¡Válgame Dios: siempre rezando!

SEBASTIANA

Consolatrix afflictorum.

RITA

Sí, sí, consolatrix. Ya podías ayudarnos, en vez de tanto rezar.

CARMEN

Entrando.

Déjala, mujer, no la excites, que se entretenga ¡pobre criatura!...

SEBASTIANA

¡Alabado sea Dios!...

RITA

Pero, ¿no comprendes que no sirves para nada en el mundo?

SEBASTIANA

Levantándose y yendo á acurrucarse en otro rincón.

Sí, sí.

RITA

¿No te da vergüenza?

SEBASTIANA

No.

RITA

¿No te haces cargo de que llega Antonio?

CARMEN

¿Antonio ó Antón?

RITA

Eso de Antón era antes, pero ahora es Antonio.

Mirando á Sebastiana.

¡Qué carga, señor, qué carga!

SEBASTIANA

¡Yo no tengo la culpa de que llegue!

RITA

¡Culpa!... culpa... lo que tienes que hacer es alegrarte.

Hablando con Carmen.

¿Te parece á ti bien que llegue su hermano, es decir, nuestro hermano, que hace veinte años no le vemos, que viene de América, de esa América que está tan lejos, que si no hubiésemos visto llegar á tantos, hasta creeríamos que es cosa de cuento; que le estemos arreglando el cuarto, y que yo hasta le doy el mío porque es el mejor y el más grande, y que tenga que ayudarme una vecina en vez de esta holgazana? ¿No hay para desesperarse?

SEBASTIANA

A mí no me hace falta trabajar, para eso soy rica; para tener criados.

RITA

¡Rica tú! ¿Qué minas tienes tú en América? ¿O es que te figuras que tú eres tu hermano?

CARMEN

¡Qué sorpresa os habréis llevado al saber que vuelve!

RITA

Figúrate; ya hacía más de un año que no escribía, y eso que él siempre ha sido muy estricto en eso de escribir y enviar recursos. Como que pensábamos que se había muerto, y ayer recibimos carta de la ciudad diciendo que llega, y que salgamos á esperarle. Bien se ve que no ha querido avisar antes para darnos una sorpresa.

SEBASTIANA

Pues á mí no me ha sorprendido.

RITA

¿A ti no?

SEBASTIANA

No, no; porque siempre le estaba esperando, y sé que me traerá pulseras, sortijas, arracadas, onzas.

RITA

¡Ay! Dios te ayude. ¿Piensas que se va á gastar contigo toda la fortuna?

SEBASTIANA

Como que es mía.

RITA

Tuya ¿eh?

SEBASTIANA

¡Sí, señor, mía, mía!

CARMEN

Tocándose con el dedo la frente, como queriendo decir que está chiflada.

Déjala, no la llesves la contraria.

Dirigiéndose á la habitación de la derecha.

¿Le pondremos toallas?

RITA

¿No le hemos puesto una?

CARMEN

Con una no tiene para empezar.

RITA

¿Es que va á necesitar una para cada mano?

CARMEN

Cuando mi hombre estaba en aquellas tierras y venía á verme, se lavaba las manos tres veces al día. Es un vicio que les entra en América. No lo pueden remediar; la limpieza: la *higiene*, como ellos dicen.

RITA

¡Válgame Dios! ¿Y les dura mucho?

CARMEN

Yo no lo sé, porque le he tenido tan poco tiempo al lado; pero me han dicho que se siguen lavando hasta que se mueren de viejos.

RITA

Pues coge la toalla del cuarto de Sebastiana, y ponla también.

SEBASTIANA

¡Ah! ¡La mía no!

RITA

Calla, que mañana te pondré á tí otra nueva. Por un día ya puedes pasar sin lavarte.

SEBASTIANA

¡Dios Nuestro Señor te castigará!

RITA

Está bien, me castigará.

Á Carmen.

Llévala y después veremos.

CARMEN

¿Y no vamos á ponerle pila de agua bendita á la cabecera de la cama?

RITA

Tienes razón, no me acordaba. Aunque me parece que no rezará, siempre está bien que tenga un ejemplo.

CARMEN

¿No es buen cristiano?

RITA

Ahora no lo sé. Cuando se marchó no lo era; pero, como es rico, puede que se haya convertido,

porque los hombres, en teniendo dinero, cambian mucho de creencias.

SEBASTIANA

Yo se la llevaré.

RITA

En tratándose de agua bendita, se le quita la pereza. Dios te devuelva el juicio.

Sebastiana se va hacia la habitación.

CARMEN

¡Qué pena estar así!

RITA

Pena para nosotros. Lo que es ella, en dejándola rezar y llenarse la cabeza de fantasías, ya está tan contenta. Figúrate que le da por decir que tiene palacios en América, con negritos y con loros, y no le podemos quitar la idea. Así como en este pueblo hay tantos que tienen tierras en Cuba, ella tiene un plantel de ilusiones.

CARMEN

¿Y de qué se ha puesto así?

RITA

Ay, hija mía, no lo sé; para mí de no haber podido casarse.

CARMEN

¿Cómo?

RITA

Como te lo digo. Dios libre á una mujer de la manía de quererse casar y no encontrar hombre que cargue con ella; le entrá el histérico, y ya no tiene remedio. Como en este pueblo á todos los mozos les da por emigrar, las mozas se marchitan y se consumen, se les sube el delirio á la cabeza y buenas noches. Ya ves, ésta se figura que todos los que vienen de allí son príncipes y emperadores, y ya sabes tú qué príncipes vienen: van echados á perder y tan aplanados, como ellos dicen, que para animarles un poco hay que ponerles sinapismos.

CARMEN

Eso, cuando vuelven. Ya ves yo, los años y más años que llevo esperando.

RITA

Haber hecho como yo.

CARMEN

¡No casarme! Más me hubiera valido, ya lo creo.

RITA

¿Y cuándo te marchas tú también?

CARMEN

Esperando carta todos los correos, á ver si me llama. ¡Seis años y un mes esperando al cartero!

RITA

¡Y lo que esperarás!

CARMEN

No, esta vez no, en el correo que viene seguro me llama ¡me lo dice el corazón!

RITA

Si cada vez que te lo dice el corazón te hubieses tenido que embarcar...

CARMEN

¡Dichosa América! ¡qué desgracia que no esté

más cerca ó mucho más lejos! Siquiera no pensaríamos en ella, y el que se fuera, sabríamos que se había ido para siempre!

RITA

¡Es un vicio! América es un vicio que le ha entrado á este pueblo. ¿Qué le vamos á hacer? Antes los hombres tenían el juego, las mujeres y la bebida; y ahora, además de todo eso, tienen América, que viene á ser como una querida, y las que lo pagamos somos nosotras.

ESCENA II

DICHOS, NARCISA y LUISA

NARCISA

Que al entrar oye las últimas palabras.

¿Qué es lo que pagamos nosotras?

CARMEN

¡Ay! ¡América!

NARCISA

Ojalá que el primero que fué allí se hubiese vuelto negro como el hollín, y le hubiesen salido plumas.

LUISA

Amén.

RITA

¿También vosotras os quejáis?

LUISA

No nos quejamos, porque ya no nos queda aliento para quejarnos.

CARMEN

Y eso que os habéis casado con hombres ricos y los tenéis en casa.

LUISA

Sí, ricos, pero ricos de vuelta. Mi Juan, cuando volvió, tenía treinta años más que yo, y lo peor es que los sigue teniendo; pesos sí que ha traído, pero lacras también. ¡Bendito sea Dios! De rodillas abajo no puede andar, y de rodillas arriba no puede respirar. Hija, es un saldo.

NARCISA

Y todavía el tuyo... El mío sí que el pobre está baldado del todo; yo no sé qué demonios les dan en aquella tierra: será la guayaba, el plátano ó la confitura, pero el caso es que se quedan secos como un panecillo del día antes. Siempre son del día antes estos maridos nuestros; ¿y pesados? ¡María Santísima! Que si han trabajado tanto, que si tantos pesos, que cómo no, que allí es donde se vive y se trabaja, que si los cocoteros, que si los micos. Hay un pueblo que se llama *Guantánamo*, que me lo encuentro hasta en la sopa.

LUISA

Pues no te digo nada de un tal *Paraná*.

RITA

Y, ¿por qué os habéis casado con ellos? ¿Por qué no habéis hecho lo que yo?

NARCISA

A ver, ¿qué iba yo á hacer? Era criada suya y le servía para todo. Como llegan tan cansados los pobres y les da pereza buscar, siempre acaban casándose con la que tienen más cerca, y la que más cerca tenía el mío era yo. Si no me hubiese casa-

do con él hubiera seguido sirviéndole, pues servir por servir, pensé que más valía casarme.

RITA

Tú, bueno, pero Luisa...

LUISA

Yo no sé qué fué... Que me dió un arrebató: hay en este bendito pueblo tan pocos hombres, que dije: siquiera con éste puede que no tenga marido, pero tendré dinero.

A Carmen.

¡Dichosa tú, que le tienes fuera!

CARMEN

Hija, no pienso lo mismo. La semana que viene voy á reunirme con él.

NARCISA

¿Te vas á América?

CARMEN

En cuanto me escriba,

NARCISA

¡Escribir! ¡Ay, pobre inocente! Si yo creo que cuando están en América no saben escribir: á fuerza de hacer números se les olvidan las letras. A estas horas ya tendrá él allí tres ó cuatro hijos. Son muy olvidadizos los hombres que pasan el mar.

CARMEN

Él, no.

NARCISA

Como todos.

CARMEN

Si no le conoces.

NARCISA

Ni tú tampoco.

CARMEN

Enfadada.

Bueno, bueno, es mi marido y basta.

NARCISA

Está bien, mujer, no te acalores. Si hubiese para

los hombres eso que mi Pancho llama cambios de productos, haríamos un trato: que te enviasen aquí al tuyo y que volviesen á mandar el mío allí, al pueblo de que siempre está hablando, á *Guan-tánamo*.

ESCENA III

DICHOS y SEBASTIANA

SEBASTIANA

Entrando.

Ya he puesto la pililla del agua bendita á la cabecera de la cama del príncipe.

NARCISA

¿Quién es el príncipe?

RITA

Antón, figúrate, nuestro Antón, ó don Antonio, como ahora le llamaremos. A ésta los dedos se le antojan príncipes. Podremos no comer, pero grandezas no nos faltan.

SEBASTIANA

¡Si no comes, será porque no quieras! ¡Media América es nuestra!

RITA

Ya empezamos.

SEBASTIANA

Marchando.

¡Tacaña!

RITA

¡Esta hermana mía me desespera!

SEBASTIANA

Desde la puerta, antes de salir.

¡Avara!... ¡Tacaña!...

RITA

¡Calla, infeliz!

NARCISA

No hagas caso, ¿no ves que la pobre no tiene sentido?

LUISA

Tiene manía de grandezas.

RITA

Sí, como todo el pueblo; yo creo que aquí todos estamos atacados de la misma locura, es decir, todos, menos yo.

CARMEN

Bueno, niñas, yo me marchó á ver si llega el correo.

RITA

Cuando yo digo...

CARMEN

Ya volveré en cuanto llegue Antón; tengo ganas de saludarle á ver si se acuerda de mí.

RITA

Ya lo creo que se acordará, bien sabes tú por qué.

CARMEN

¡Hace ya tantos años!

RITA

¿Quieres que le diga que le has hecho la cama?

CARMEN

Calla, calla. Adiós.

RITA

Hasta luego.

LUISA

Adiós.

NARCISA

Adiós.

CARMEN

Suspirando.

¡Veinte años! De seguro que hoy recibo carta...

Sale y, al salir, entra Roque, que da media vuelta para mirarla.

ESCENA IV

LUISA, RITA, NARCISA y ROQUE

ROQUE

Buenos días, Rita, y la compañía.

RITA

¿Tú por aquí?

ROQUE

Me han dicho que llega Antonio, y he querido saber si es verdad.

RITA

Sí, hijo, sí, en el tren de las once.

ROQUE

Vamos, Rita, que está usted de enhorabuena. Ya puede usted preparar una buena olla para enterrar las onzas y los pesos; ha tardado en venir, pero traerá *cacao*.

RITA

Hijo, no sabemos nada.

ROQUE

Pero lo sospechamos.

RITA

Aunque llegase pobre, lo recibiría con la misma alegría. A mí el dinero no me hace andar camino.